Nosotros lo repetimos, no somos esclavos; hemos roto para siempre nuestras opresoras cadenas, y empuñamos el látigo caído que nos fustigó, para flagelar á quienes se lo merecen.

¡Malditos sean los perjuros y los falsicadores; que se hundan las traiciones y las guerras injustas en el desprecio, y que terminen los escandalosos asesinatos proditorios de los que blasonan de cristianos, pisoteando ese hermoso título, y que se desvanezcan las conspiraciones que traman contra los gobiernos esas chusmas!

Malditos para siempre, en el buen sentido, los asesinos que han inmolado víctimas en su lujuria, con su falsa, inmoral y apolillada religión; malditos sí, los que han precipitado á la mujer en la espantosa abyección, y que llevan sus crímenes y su embrutecimiento, sus feroces hecatombes y su degradante tutela, á los países donde no haya quien levante su voz potente para seleccionarlos.

Que la actitud del gobierno sea benéfica para el pueblo en caso de inmigración de esos frailes, para que no tengamos para los conciliadores más amargos y vergonzosos reproches, y que el enemigo de la sociedad se retire con su tropa de malhechores, y la *Sociedad* no se contagie con su virus nocivo y exterminador.

EDUARDO A. CASTREÓN.

¡ARRIBA!

¿Han pasado ya, por dicha, nuestras luctuosas y fatídicas épocas en que se ultrajaba ignominiosamente á la ciudadanía? ¿Han pasado los espectros macabros de la tiranía?

No; tristemente.... lo repetimos, ¡no! Allí, encerrada en la ergástula de la opresión, está el gran credo político y libera, el principio de la democracia. Ningún mexicano honrado tiene derecho á protestar contra las arbitrariedades, porque inmediatamente se le persigue.

¿Qué vale en estos tiempos miserables un periodista, es decir, el escritor honrado, que protesta enérgicamente contra el abuso de los malos gobernantes?

Nada... absolutamente nada....

Qué amargo es transportar al papel estas líneas, qué, vergüenza sentimos al ver que liberales de corazón, hayan manchado su bandera y hollado sus principios de demócratas.

Pero no importa, unidos ya los pocos que queden, esa minoría de republicanos entusiastas, entre los cuales se cuentan indiscutibles altruistas, emprenderá gustosa la obra de regeneración, lucha digna y altiva que tarde ó temprano coronará las frentes con laureles de gloria. No seremos nosotros los que realicemos la obra, no los que den al pueblo de un solo golpe todos sus derechos en un día—allí tenéis la del invicto Hidalgo—pero la nueva generación de patriotas, enseñados por esa minoría de que hablamos, ejerciendo sabiamente sus derechos, acabará con el despotismo.

¡Compatriotas! ¿Qué castigo merecen los indignos enemigos del respeto social, los que nos han hundido en la noche luctuosa de la afrenta, los que con vanos dropeles y falsos resplandores nos empujan al precipicio, en el delirio de su estupenda ambición?

La Historia los juzgará tan dura como merecidamente.

En tanto digamos á los buenos liberales, á los republicanos de corazón ¡arriba! y con nuestro ejemplo sed faros para los demás.

¡Enseñad, aconsejad, ilustrad y hacéis hecho una buena obra para la Patria!

MIGUEL A. CASTREÓN.

LA PESTE NEGRA.

Para México la constituye la alarmante invasión de clérigos, frailes y monjas extranjeros. Contra todos éstos deben estudiarse medidas apropiadas para salvar á nuestra sociedad de las malévolas sugestiones de la rapiña y del cinismo de estos heraldos del Ante-cristo.

Los monigotes importados son los más ignorantes, los más osados y los más peligrosos, porque aun cuando sea á costa del idioma cervantino, se hacen entender más pronto de los ignorantes que, por desgracia nuestra, son tan numerosos. Introducidos esos vampiros entre la raza indígena, la civilización de esta es más lenta, sus desgracias son mayores, sobre todo, más difícil, hacerla entrar en el torrente de la civilización y el progreso. El indio odia por instinto á la raza blanca; no distingue ni clasifica, y sólo piensa y obra por las consecuencias que resiente de trato con ella. Claro está que á medida que sea más explotado, más humillado y más escarnecido, tiene forzosamente que alimentar más odio contra lo que él cree que es la causa de sus males.

El clero católico por lo general es ignorante, por constitución, avaro, así como hipócrita por convicción; pero en mayor grado que el mexicano, lo es el que inmigra, con las desventajas para nosotros de que lo que adquiere, inmediatamente lo sitúa en el extranjero, y de que todos sus esfuerzos los dirige á formarse un capitalejo que irá á disfrutar en su pueblo; mientras que el mexicano se queda con el dinero que adquiere y casi siempre se reparte entre sus parientes.

Nuestro numerario desaparece, entre otras muchas causas, por lo que extraen los sacerdotes extranjeros, ya como fruto de sus congruas, ya para entregarlo á sus superiores. El óbolo de San Pedro consiste en una gran suma de dinero que anualmente envía el Episcopado Mexicano á Roma. Además tienen otros muchos pretextos con que explotar á nuestro pueblo ignorante.

Inútil es invocar el patriotismo de los Obispos; ellos no ven más que el medio de esquilmar á las masas, y de preferencia, admiten al monigote extranjero porque siendo más audaz, realiza mejores negocios para la comanidad sacerdotal. Legítimos lscariotes, tan sólo ven el metal y quien lo proporciona, por lo mismo hay que buscar el remedio por otro lado.

A la prensa honrada toca evidenciar estos males, para advertir al ignorante y ponerlo en guardia en contra de sus detentadores.

Si algo pudiéramos esperar del Gobierno, pediríamos para los clerizontes que arriban á nuestras playas la aplicación del art. 38 constitucional, porque ningunos tanto como ellos pueden considerarse altamente nocivos para el país; pero esta pretensión sería inútil.

La política de conciliación se opone á semejante golpe de energía liberal y patriótica.

El TIMO DE LA LIMOSNA

Rapiñas clericales.

Ya no existe la menor duda; las iglesias de nuestra dizque progresista capital, no sólo son la voragine de la perdición en donde se hunden las mas buenas sugestionadas por la infame clerigalla, no sólo el confesionario oculta en sus fatídicas paredes el negro acrídio de las perversas máquinaciones, sino que éste y aquéllas son ignominiosos garitos donde se desplúma á los cándidos fanáticos.

Por cualquiera iglesia que pasemos, lo primero que se presenta á nuestra vista, es una apolillada mesita de oro-te, mal acondicionada, provista, eso sí, de tal ó cual ó santo milagroso (?) y de la eterna é imprescindible alcancía ó charola, donde una vieja beata con voz gangosa, no cesa de pedir por algún milagroso santo.

Y en esas mesas desvencijadas, también hay un vil mercado, consistente en innumerables lisiones impresos, rosarios, escapularios, estampas de diversas imágenes, y miles de baratijas y chucherías que los frailes hacen realizar á precio nó sé si bueno ó malo, pero estoy seguro de que será lo primero. Creo que es esta una explotación disimulada.

No sólo en las iglesias, sino que por esas calles de Dios andan varios timadores revestidos con el nombre de legos, con una alcancía en la mano, yendo de casa en casa, especulando con los cándidos en nombre del Sublime Mártir del Calvario.

Y esas limosnas que están obligados á dar, están destinadas como se sabe notoria y públicamente, á sufragar los gastos que originan las bacanales ya ocultas, ya descaradas de los frailes, ora para sostener á sus concubinas, ora para regalarse en opíparos banquetes.

Esas limosnas no son más que para fomentar los vicios crónicos de los hipócritas tahures de la religión, para sostener sus diarias orgías, y para cubrir los inmensos compromisos que traen para su regalo, en las cantinas y en las casas de prostitución. Y esas limosnas que el crédulo pueblo derrama á manos llenas en los platillos de esos parásitos nocivos, de esos réprobos, deberían emplearse en obras de caridad para bien de ancianos y de menores.

El pueblo que no desconoce las artimañas de esos bandidos, ni su virulento y corrompido estado actual, debe retirar el fomento de las lividades y pilladas fraileseas.

Tiempo es ya, de que profundizando la verdadera Religión Cristiana, reconozca la inmensa y radiante luz que puede destellar en las almas, las máximas sublimes de Cristo, y comparar el tenebroso retroceso en que la infame chusma de cerquillo explota cínicamente en su nombre, ridiculizándolas y degradándolas con sus abominables miras especulativas.

Lo que por ellos es llamado limosna, no es más que un timo de que se han valido para desvalijar al ignorante.

No cooperéis á ello compatriotas, no sacrificuéis lo que hace falta á vuestros tiernos hijos, ni seais el blanco de la maldad inaudita de los EXPLOTADORES DE LA RELIGIÓN. Ese timo es solo para los tontos de remate. También á las aves de rapiña y á las hienas les piña se les cortan las uñas.

FRAY JOSÉ SOTANILLA.

AGASAJOS

Dicen que dicen que con motivo de los cambios de administración que próximamente habrá en el Gobierno del Distrito, quedará fuera de cortadura D. Guillermo de Landa y Escandón, precisamente porque se busca, se desea, se necesita—lo que ustedes quieran—un funcionario que dé la medida, y según se cuenta, D. Guillermo no la da.

Esperemos, entonces, una sorpresa despampanante.

Aun cuando sea la dé que el mismo Sr. Don Guillermo sin dar la medida, se quede en el puesto de Gobernador.

No es floja la arremetida de los periódicos, sin distinción de colores, contra el alcaide de la prisión de Belem.

¿Qué opina de todo eso el Sr. Secretario de Gobernación?

Y en opinando ¿qué hará?

Lo sucedido con el ex-Comisario Manuel Jimeno hace suponer que será obra de justicia.

Esperemos también.

Tiempo hay para comentar.

Sigue dando vueltas entre desocupados y muchos que no lo son, el rumor de que Castellot dejará de hacer feliz al Estado de Campeche.

El resultado ya lo sabemos.

Un acusador más en las próximas elecciones.

Nada se sabe, porque así lo exige el secreto de lo que ha hecho, de lo que hace y de lo que hará la Sección de Gran Jurado que entiende en la acusación presentada contra el Gral. Reyes.

Y la Nación está en ascuas.

Y los reyistas, que ya son pocos, también, también, también.

hnm HEMEROTECA DIGITAL

Un cuarto de hora después, forzando la puerta del corral, penetrábamos en éste..... y yo no pude ver más; sentí un golpe en la cabeza, el húmedo y cálido correr de la sangre, y perdí el sentido.

V

La santa venganza

El carro en que llevaban á Maruja anduvo durante toda la noche, y se detuvo en un pueblo llamado Santa Olalla, según creo. Allí encontraron las casas, la plaza y las calles llenas de gente armada; era otra partida, la que mandaba un presbítero de Aranda llamado el cura Rubio.

Allí se debían congregar dos ó tres partidas, para partir luego en pequeñas fracciones y dirigirse, burlando al Ejército, hacia las Provincias para formar lo que luego llamaron tercios castellanos de la división de Dorregaray. Casi todos aquellos hombres iban armados con buenos fusiles de Remington, uniformes y boinas; todo esto sacado del dinero de los pobres españoles amantes de la libertad.

Allí, en aquel pueblo, pudo ver Maruja espantosas escenas de tiranía y de barbarie que jamás olvidará ni olvidarán nuestros hijos; pues, según ella repite constantemente, habrá de referirlas para que siempre se conserve el recuerdo de tales infamias y siempre esté vivo el recelo y encendido el odio contra esos hipócritas secuaces del fanatismo.

El cura Rubio se entendió con el cura Martín, y aquél dispuso que se detuviera el carro en la plaza para que

ni un solo disparo; entren ustedes por la parte opuesta de la casa, y no dejan salir de ella ni una rata, ni se muevan de allí hasta recibir mis órdenes.

Se trataba de destruir la partida de uno de los Hierros y del *Pravile*, que juntas formaban un total de más de dos mil hombres. Llamos sin duda á que se llama un golpe de mano. Confiábamos en el capitán, que tenía fama de acometer las sorpresas con prudencia, sostenerse en ellas con valor y terminarlas con verdadero acierto.

—Tercien armas, por el flanco izquierdo, ¡mar!—mandó á media voz; y me dirigí á dar cumplimiento con mis camaradas á la orden del capitán.

No permití que se hablase ni una palabra, y eso que no deseaban otra cosa los soldados, puesto que nos precupaba seriamente aquel día el deseo de contener lo que habíamos visto aquella mañana en la estación de Burgos, en la cual se embarcaron cuatro regimientos de caballería y nueve piezas, habiendo pasado horas antes por dicho punto un tren conduciendo lo menos cinco batallones de cazadores; los soldados nos vieron atravesar á paso de camino la línea férrea y, asomándose á las ventanillas de los vagones, nos saludaron vociando y agitando las gorras de campaña. Sin duda la guerra creola por allá por las Provincias Vascongadas, y tal vez fuese también el aumento por la Rioja y por Castilla.

Llegamos á la casa á que nos dirigíamos; penetré yo el primero en una espaciosa cocina, donde hube de hallar una vieja que, al verme, mostró el mayor espanto; tras de mí entraron cuatro soldados, en tanto que los otros seis reconocían los corrales y las cuadras: en una de estas atraparon á un sujeto sospechoso. Un hombre moreno y flaco, de pelo gris, con la cabeza cubierta por un paño-montaña de antera recogida; tenía una pistola y una tremenda faca en la faja; no se cómo, al interro-

los buscasen, y si hallaban uno escondido, le pegaran un pie de paliza que le dejaran templado. Ahora me llevo, y cuando estén en los batallones del general Dorregaray, me lo agradecerán.

—¡Mole! así me gusta, así me gusta; eres terrible, dijo en voz baja martín; y añadió: pero tienes una lengua blasfema.

—¡Bah! Estamos en la guerra.

—Cierto; ¡que monjones!

Maruja estaba aterrada de lo que veía y de lo que oía. ¡Quién le hubiera dicho que aquellos eran dos ministros de la Religión! ¡Tal vez hasta antoneas, y ante todo el mundo, habría vivido el cura Rubio hablando á media voz, con el rasto compungido, la mirada baja y canosa el ceño de un buen sacerdote!

Los mozos á quienes se había apaleado, fueron presos con cuerdas, con los brazos atados á la espalda. En esto se acercó un lombricillo pálido con el fusil al brazo.

—Mi comandante, dijo dirigiéndose al cura Rubio.

—¿Que ocurre? contestó éste con voz áspera y malhumorado.

—La partalla de la madrugada cojió á un viejo junto á esos molinos que hay aquí á la entrada del pueblo.

—¿Y qué?

—Mi comandante, los ha parecido sospechoso.

—Bueno, pues á racimo; ¡por qué diablos vienes ahora á fastidiarme!.... siempre has de ser un pamplinas, Cañuela....

—Mi comandante, si es que....

—No hay más *es que*, ni menos *es que*: un sospechoso, pues ya se sabe.... ¡basta!

—Mi comandante, los dos rezagados dicen que, si se les perdona y se les entregan armas, formarán con la partida de buen grado, añadió Cañuela.

El Cura Rubio, que ya había tomado asiento y bebía